

En las esquinas del terreno de juego

La priorización de los usos deportivos en algunos espacios genera dinámicas de exclusión desde el patio del colegio hasta las calles de las ciudades.

ESCRIBE // M^a Ángeles Fernández

EN EL COLEGIO de Alicia, de ocho años, las pistas de fútbol y de baloncesto ocupan la parte central de patio. Aunque ella dice que juega alguna vez, reconoce que son los niños los que disfrutan de las canchas y del balón. La situación del colegio de Alicia es la norma: patios de centros educativos dedicados de manera mayoritaria a una práctica deportiva copada por niños que pegan balonazos, mientras las niñas andan por las esquinas y los laterales.

La arquitecta feminista Zuriñe Burgoa, que acompaña procesos de transformación de patios para que sean más igualitarios, cuenta que es diferente la vivencia de las personas que consiguen acceder al espacio central de las que se quedan fuera: “Las pistas tienen una presencia simbólica brutal, porque al fin y al cabo son los únicos espacios que tienen una identidad, un nombre, se da

un lugar a una actividad concreta y por lo tanto una centralidad y visibilidad. Además, son espacios masculinizados, invasivos y agresivos, porque la mayoría de esas canchas son para deportes en los que utiliza un balón y que, por lo tanto, generan espacios de riesgo alrededor”.

Pasear por alguna de las calles cercanas al estadio de San Mamés los días que juega el Athletic de Bilbao es adentrarse en un espacio tomado por aficionados en el que no hay margen más que para esquivar. Algunos puntos concretos están tan masculinizados y hay tanta aglomeración que encoge tratar de caminar por ahí. Esta aséptica descripción de Bilbao podría hacerse milimétrica de otras ciudades, de decenas de países, con equipos de fútbol en primera división. Si hay fútbol, los alrededores de los estadios se masculinizan.

Los días de partido la parada de me-

tro San Mamés no permite las entradas 45 minutos antes de la cita; durante ese tiempo solo se puede salir. Que llegue más gente a los alrededores del campo de fútbol, pero solo a ver el partido, no para nadar, porque el polideportivo municipal que hay en los bajos del estadio cierra también los días de partido. Durante unas horas, cada pocos días, en los alrededores de cada campo de fútbol del mundo, el espacio público sigue siendo cosa de hombres.

“En la historia del urbanismo y la arquitectura también vemos que se ha dado valor patrimonial a los espacios masculinos, y demasiado frecuentemente se han olvidado o destruido los espacios femeninos”, escribe el Colectivo Punt 6, en el libro *Urbanismo feminista. Por una transformación radical de los espacios de vida*.

Burgoa comparte que los patios son espacios educativos y, por tanto, deben ser justos, lugares equilibrados que sirvan a todas las personas para desarrollar todas las capacidades. “Lo que pasa en el patio la escuela lo podríamos llevar a la ciudad; la ciudad tiene que ser para toda la ciudadanía, accesible, segura, vivible, cómoda, interesante, o sea, si hay algo que condiciona a todo el resto, a lo mejor es que no es compatible con la diversidad y la convivencia”, añade.

El árbitro pitó y el balón comenzó a

rodar. A las 17 horas del 12 de junio de 2014, con el inicio del partido de fútbol masculino Brasil contra Croacia, arrancaba el Mundial en Río de Janeiro. A la misma hora, a la orden del mismo pitido, una treintena de personas ocupaba al ritmo de música un piso en la calle Pamplona número 937 de Sao Paulo.

Mientras millones de turistas y telespectadores miraban la bola girar, otra gran parte de la población brasileña se preguntaba “copa, ¿para quién?”, escribía la periodista Florencia Goldsman en una crónica publicada en *Pikara Magazine*. El edificio tomado de manera simbólica estaba abandonado a la espera de que el aumento de precios hiciera más salvaje la venta. “Acá la mayoría de las personas no saben lo que pasa en Brasil, porque si la gente supiera la verdad, no sufriríamos como sufrimos. Las personas cuando les digo que no tengo vivienda se quedan sorprendidas o dicen que es mentira”, contaba una de las ocupantes. Las crónicas de aquellos días también hablaban de leyes extraordinarias para criminalizar la protesta, excepción en el pago de impuestos y una presión sobre vendedores y vendedoras ambulantes en las ciudades-sede, convertidas en áreas de restricción comercial. “Mostrar Río de Janeiro, las playas... todo es muy bonito. Pero cuando vas al fondo de las cosas, ves te encuentras con nosotros, que

somos pueblo sin techo, sin casa, pasando hambre, con un salario que es una miseria aquí en Brasil. Entonces vamos para la calle, pero no vamos para pelear, para enfrentar. Vamos para poder exigir nuestros derechos, el derecho de ser ciudadanos”, decía Sidenia, una vendedora ambulante de minipizzas.

Aquella competición futbolística costó entre 15.000 y 20.000 millones de dólares (una cantidad algo menor en euros), según recoge Andrew Zimbalist, en el libro *Circus maximus. El negocio económico detrás de la organización de los Juegos Olímpicos y el Mundial de Fútbol*. “Policías, maestros y servicios de transporte y aeroportuarios de muchas ciudades brasileñas han organizado numerosas huelgas y manifestaciones, duramente reprimidas, durante la celebración de la copa mundial de fútbol”, escribe el economista.

El esplendor de las grandes competiciones deportivas, vendidas por gobiernos, ayuntamientos, empresas y organismos internacionales de distinta índole como espacios hermosos, apetecibles, consumibles y exitosos, esconden violencias, expulsiones y cambios urbanísticos pensados para una elite minoritaria y privilegiada. Las ciudades, a veces en grandes eventos, otras, cada quince días en los partidos de las ligas estatales de fútbol, priorizan unas acti-

vidades, que acaparan mucho espacio, para el disfrute de unos pocos, relegando al resto a las esquinas.

La ciudad rusa de Sochi acogió otro gran evento en 2014, los Juegos Olímpicos de Invierno. Costaron unos 50.000 millones de dólares (un poco menos en euros), según los datos de Zimbalist, y provocaron grandes impactos en el medioambiente: afectación a un parque nacional y a las playas del mar Negro, destrucción de miles de hectáreas de bosques raros, de lugares de desove de peces amenazados y de rutas migratorias de distintos animales, creación de enormes vertederos ilegales que afectaron a fuentes hídricas, además de la modificación de leyes sobre conservación ambiental. La protesta ciudadana fue respondida con cárcel y represión. Y exilio. David Khakim vive en Madrid como refugiado por su defensa medioambiental y su oposición a aquellos Juegos.

Si los patios escolares generan expulsiones en lo micro, los grandes eventos deportivos expulsan a miles de personas. Para atraer a masas de afición y a turistas que consuman, destierran a la población oriunda, empobrecida y vulnerable. El uso del espacio sirve para la dominación. Decía el filósofo Henri Lefebvre que el espacio se produce so-

cialmente, es reflejo de la estructura social y la reproduce. Decía Michel Foucault que el espacio es el lugar donde se reproducen las relaciones de poder y se ensayan las técnicas para disciplinar los cuerpos. Ambos son citados en el libro *Contra el running*, de Luis de la Cruz, quien apunta que el Estado está perdiendo presencia en la gestión del urbanismo, ligado ahora a sucesivas olas de operaciones financieras, mientras la arquitectura, incluida la deportiva, se convierte en reclamo comercial. “Las ciudades que habitamos evidencian el vínculo estrecho e inseparable entre patriarcado y capital”, apuntan las urbanistas feministas de *Collectiu Punt 6*.

Escribe Andrew Zimbalist que, para celebrar los Juegos Olímpicos, se fuerza el desplazamiento de barrios enteros y se emplea mano de obra barata, además de desviar recursos destinados a servicios sociales básicos y aumentar el endeudamiento público. “Yo vivía en el campus de mi universidad UNESP, en el barrio de Pimentas. Pero la universidad está cerca de Guarulhos [el aeropuerto de Sao Paulo] y todos los precios comenzaron a subir. Los estudiantes y trabajadores no tienen plata para pagar un alquiler. Tuve que dejar todas las cosas en casa de una amiga de mi madre porque me quedé sin casa”, explicaba Agnes a la periodista Florencia Goldsman. Más de

4.000 familias, organizadas por el MST (Movimiento de los trabajadores rurales Sin Tierra), montaron un campamento ante la celebración del mundial de Brasil. Agnes vivió allí.

“Nuestro Estado gastó dos millones en seguridad y eso significan bombas, balas de goma, y espero que no haya balas de verdad. Y acaba de informarme un amigo que hay cinco camiones hidrantes del Ejército; él me dijo: ‘La última vez que yo vi eso fue en la dictadura militar’. Hoy mi mamá quiso venir para acá y no lo consiguió porque la policía militar cerró las calles, ellos ya están territorializando nuestro espacio”, continuaba Agnes. “¿Qué tipo de actitudes generan estos espacios?”, pregunta Zuriñe Burgoa, pensando en patios, pero también en ciudades.

En Sochi 2014, en las Olimpiadas de Pekín de 2008, en las de Río de Janeiro de 2016... los desalojos de ciudadanía han sido uno de los grandes impactos de estos macroeventos. Raquel Rolnik, la que fuera relatora especial de las Naciones Unidas sobre el derecho a una vivienda adecuada, denunció hace años que los macroeventos deportivos provocan desalojos forzados, encarcelamiento de personas que viven en las calles, penalización de vendedores y vendedoras ambulantes y el desmantelamiento de asentamientos informales,

